



VIGÉSIMO SEGUNDO DÍA DE PREPARACIÓN A LA RENOVACIÓN DE LA CONSAGRACIÓN PERSONAL Y DE ESPAÑA AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Día 20 de junio: la consagración del mundo al Corazón de Jesús (II parte)

Hoy continuamos con la reflexión de lo que significa la consagración del mundo entero. Como ya habéis podido observar, consagrar es un término que admite un amplio abanico de formas, grados y matices.

Por ejemplo, no es lo mismo la consagración bautismal, común a todo cristiano, que la vida consagrada, mediante la profesión de votos u otros vínculos en un instituto de vida consagrada. En ambos casos hablamos de algo en parte igual y en parte distinto. Otro ejemplo: cuando decimos que un objeto que se va a dedicar exclusivamente al culto también lo consagramos. Igualmente, usamos el término al recordar que los fieles laicos están



llamados a consagrar las realidades temporales (cf. LG 34), aunque a veces se intercambia esa expresión por la de ordenar las realidades temporales según Cristo, que es la usada en el Catecismo (cf. CEC 898).

La oración de León XIII -siguiendo la argumentación de Mazella- aplica el término consagración a los que recitan la oración. Cada uno de ellos “se consagra voluntariamente” al Corazón de Jesús; sin embargo, lo evita para el resto del mundo. Distingue, por tanto, dos situaciones distintas: la de los que recitan la consagración, y la de los que no. Los primeros se confiesan públicamente de Cristo, y por medio de la consagración le confían la realidad social completa. Se trata de entregar toda la humanidad, todo el género humano, a Dios, para que desde su omnipotencia y sabiduría Él nos cuide y bendiga.

Este planteamiento se ha mantenido en otras fórmulas de consagración, como la que utilizó San Juan Pablo II para consagrar el mundo al Corazón Inmaculado de María, o la que utilizó Benedicto XVI para consagrar a los jóvenes del mundo al Corazón



de Jesús en la JMJ de Madrid 2011. En el fondo, lo que subyace es la misma lógica de la oración sacerdotal de Jesús, cuando antes de subir a la cruz, dice: “yo por ellos me consagro, para que sean ellos también consagrados en la verdad” (Jn 17,19).

La entrega redentora de Cristo es un acto de perfecta consagración de su propia humanidad mediante un sacrificio. Además, esta consagración está llamada a dar fruto, puesto que su entrega por amor, manifestando a la humanidad su amor redentor, atraerá a los hombres hacia Él.

En una consagración pública aprendemos de Cristo esta entrega en favor de la humanidad, al mismo tiempo que se la presentamos. Es por ello un acto de gran fruto. No olvidemos que el mismo León XIII, refiriéndose a la consagración del mundo al Corazón de Jesús, dijo en una audiencia al Obispo de Lieja Doutriaux: “voy a realizar el acto más grandioso de mi pontificado”.

Hagamos también hoy nosotros algo grandioso, renovando -como hicimos ayer- esta consagración



del mundo entero al Sagrado Corazón con las palabras de León XIII:

Jesús, dulcísimo Redentor del género humano, miranos postrados humildemente delante de tu altar; tuyos somos y tuyos queremos ser, y a fin de estar más firmemente unidos a ti, he aquí que, hoy día, cada uno de nosotros se consagra espontáneamente a tu Sagrado Corazón.

Muchos, Señor, nunca te conocieron; muchos te desecharon al quebrantar tus mandamientos; compadécete, Jesús, de los unos y de los otros, y atráelos a todos a tu Santo Corazón. Sé Rey, ¡Señor!, no sólo de los fieles que jamás se separaron de ti, sino también de los hijos pródigos que te abandonaron; haz que vuelvan pronto a la casa paterna, no sea que perezcan de miseria y de hambre.

Sé Rey de aquéllos a quienes engañaron opiniones erróneas y desunió la discordia; tráelos al puerto de la verdad y a la unidad de la fe, para



que luego no quede más que un solo rebaño y un solo pastor.

Sé Rey de los que aún siguen envueltos en las tinieblas de la idolatría o del islamismo. A todos dignate atraerlos a la luz de tu Reino.

Mira, finalmente, con ojos de misericordia, a los hijos de aquel pueblo, que en otro tiempo fue tu predilecto; que también descienda sobre ellos, como bautismo de redención y vida, la sangre que reclamó un día contra sí.

Concede, Señor, a tu Iglesia incolumidad y libertad segura, otorga a todos los pueblos la tranquilidad del orden; haz que del uno al otro polo de la tierra resuene esta sola aclamación: "ALABADO SEA EL DIVINO CORAZÓN, POR QUIEN HEMOS ALCANZADO LA SALUD...; A ÉL GLORIA Y HONOR, POR LOS SIGLOS DE LOS SIGLOS". Amén